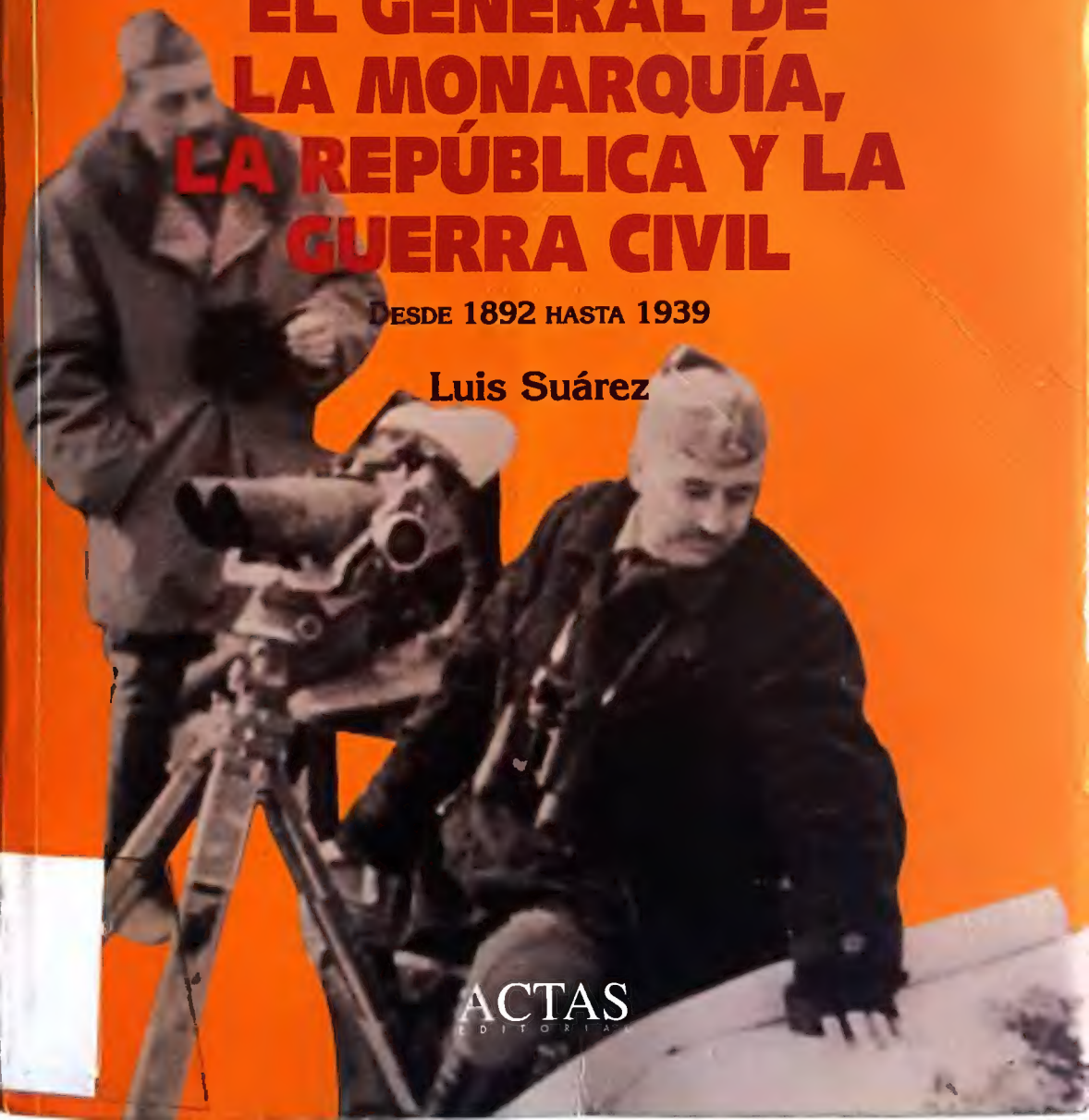
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 13

LOS PREPARATIVOS PARA EL ALZAMIENTO.

I. EL FIN DE ALCALÁ ZAMORA.

1. Franco, cuyo nombramiento para la Comandancia militar de Canarias se le comunicó el 21 de febrero de 1936, permaneció en Madrid hasta el 9 de marzo, preparando el viaje que, de manera tan brusca e inesperada, se le había impuesto; no es un plazo demasiado largo, pero tampoco evidencia las prisas que parecen haber cometido a Goded. Ignoramos, casi por completo, las actividades que desplegó durante estas dos semanas, pero la falta de noticias parece demostrar, precisamente, que carecieron de importancia. Sin embargo, el día 8, víspera de su partida, según testimonios fehacientes, sostuvo entrevistas muy significativas: la primera en casa de su hermano político Ramón Serrano Suñer, dirigente de la JAP, que se inclinaba a buscar una más estrecha cooperación con Falange, teniendo como interlocutor al propio Primo de Rivera;[1] y la segunda en el domicilio de un corredor de comercio, José Delgado, sito en el número 19 de la calle de Arrando. Esta última fue, exactamente una reunión conspiratoria, en la que estuvieron presentes Emilio Mola Vidal, recién llegado de Marruecos, camino de Pamplona, su nuevo destino, Luis Orgaz, Rafael Villegas, Joaquín Fanjul, Ángel Rodríguez del Barrio, Andrés Saliquet y José Enrique Varela, con otras personas. Ellos formaban la cúpula de un posible complot contra el Gobierno del Frente Popular.[2] Mola traía consigo un compromiso adquirido antes de salir de Marruecos con sus subordinados, Eduardo Sáez de Buruaga, Beigbeder, Yagüe y Tella, porque «comprobada la conspiración roja en España, urge organizar un movimiento nacional que pueda anular el peligro marxista».[3] Goded se hallaba ausente de Madrid –había salido el 28 de febrero– pero todos los presentes afirmaron que se podía contar con él.

En la segunda de dichas reuniones se discutió ya abiertamente la necesidad de organizar un alzamiento militar: no veían los presentes otro medio de evitar que España se precipitase en la ruina que significaba el marxismo.[4] Con independencia de esto, en Navarra, el teniente coronel Alejandro Utrilla, vuelto de Italia, donde había recibido instrucción, estaba organizando las fuerzas carlistas, con propósito de que se convirtieran en verdadero Ejército.[5] Había carlistas fuera de Navarra en

número muy considerable, pero era en el antiguo reino en donde se hallaba la fuerza más coherente y principal. La Diputación, de características singulares, se había negado a aceptar la victoria del Frente Popular, constituyéndose en «sesión permanente» y amenazando incluso con exiliarse si el Gobierno de Madrid perseveraba en su idea de imponer una Comisión gestora. De modo que el alzamiento armado de Navarra era uno de los datos que obraban en poder del Gobierno de la República: destinar a Mola a Pamplona pudo haber formado parte de una maniobra para comprometerle y destruirle. No debemos descartar la idea de que una provocación pudiera formar parte de los proyectos del Frente Popular, justificando la dictadura del proletariado como una defensa frente a la violencia de los otros.

El carlismo venía preparándose para volver a la lucha casi desde el momento mismo de la proclamación de la República. Varela, en el tiempo en que permaneció apartado del servicio, y después el teniente coronel Ricardo de Rada, dedicaron mucho tiempo a dicha preparación. El 8 de diciembre de 1934 Antonio Lizarza fue confirmado como delegado regional de Requetés de Navarra, cargo para el que había sido nombrado el 5 de septiembre anterior, y Manuel Fal Conde, que desde el 3 de mayo de 1934 ostentaba el cargo de secretario general, contó a partir del 20 de diciembre de 1935 con un nombramiento como jefe delegado del pretendiente D. Alfonso Carlos. Este último, considerando fracasadas sus conversaciones con Alfonso XIII, designó el 23 de enero de 1936 a su sobrino Javier de Borbón Parma como «regente» para el caso de que se produjera su muerte. El 10 de marzo de 1936 firmó una carta con instrucciones sobre el ejercicio de la Regencia en la que hacía constar que no habían cesado las condiciones que obligaban a considerar a la otra rama dinástica despojada de todo derecho.[6]

Puede asegurarse que Franco, aunque mostró conformidad con los ideales y preocupaciones de los presentes a la reunión del 8 de marzo, se abstuvo de comprometerse: dudaba de que se hubiera llegado ya a un punto del que no pudiera esperarse un remedio distinto.[7] Su disentimiento era sólo cuestión de oportunidad y muestra de prudencia y cautela que a otros, más impacientes, llegaba a irritar. Como no disponemos de acta alguna de la reunión y tenemos que recurrir a testimonios de los asistentes bastante tardíos, nos vemos obligados a proceder con exquisita cautela. Parece seguro que había consenso en cuanto a reconocer en Sanjurjo una especie de jefatura eminente, no por su relación con el golpe del 10 de agosto, sino porque era el general de mayor grado y antigüedad entre los comprometidos. Sanjurjo vivía desterrado en Portugal. Los monárquicos le consideraban como uno de los suyos, mientras que tenían a Mola por liberal y republicano. También, ante las dudas que se formularon acerca de cuáles serían las señales inequívocas de que la situación del país carecía de arreglo, se indicaron dos: disolución de la Guardia Civil y licenciamiento masivo de jefes y oficiales en el Ejército. Bastaba con una de ambas para que se decidiera pasar a la acción.

Otras dos decisiones concretas confirmadas por los testimonios: Mola iba a actuar como director –según Maíz no empezó a actuar como tal hasta la noche del 19 de abril– lo que significaba que dispondría de plenos poderes en cuanto a la organización, pero no el mando supremo; y el teniente coronel Valentín Galarza, máxima figura de la UME quedaba encargado de mantener los contactos necesarios entre quienes, de alguna manera, estaban ya comprometidos en el proyecto.[8]

2. Durante el mes de marzo de 1936 el tono de la prensa de izquierda que había pasado a convertirse en gubernamental, demostró con claridad que no se estaba avanzando hacia la moderación, sino más bien lo contrario. Lo mismo se advertía en la calle: el orden público parecía muy seriamente quebrantado y muchos grupos políticos, a veces portando armas ligeras, causaban daños e injurias. De nuevo la religión católica parecía ser blanco favorito de los desmanes. Aunque no con tanta gravedad como en 1931, se registraron atentados y asaltos a iglesias y conventos. El 10 de marzo, desde el tren que le conducía a Cádiz, puerto de embarque hacia Canarias, Franco, que viajaba con su familia, acompañado de su ayudante Francisco Franco-Salgado, pudo ver el humo que salía de algunos templos incendiados en dicha ciudad. En la estación tuvo un gesto desabrido: se negó a estrechar la mano del coronel que ejercía interinamente el Gobierno Militar reprochándole que no pusiera coto a tales desmanes. Embarcó inmediatamente en el buque de línea regular hacia Las Palmas; iba también el nuevo gobernador civil, Manuel Ramos Vallecillo, a quien su ministro encargara de manera especial la vigilancia del nuevo comandante militar, ya que el Gobierno no confiaba en él.

La residencia oficial de Franco estaba en Tenerife, pero hizo una breve estancia en Las Palmas aprovechando la detención del barco: saludó a los jefes militares que habían acudido porque eran sus subordinados. Los periodistas interrogaron al gobernador civil que dejó bien claro que iba a Canarias a cumplir las consignas de su partido; luego acudieron a Franco que departía en grupo con sus colegas y subordinados, y él les tranquilizó: iba a hacer en Canarias lo mismo que antes hiciera en Baleares, esto es, cumplir los deberes propios de su cargo. Probablemente sabía ya que, desde Madrid, partidos y sindicatos habían enviado consignas para que se hiciesen demostraciones de repulsa hacia su persona.[9] Éstas no se produjeron allí, pero sí el 13 de marzo cuando el barco atracó en los muelles de Tenerife: algunos grupos, no muy numerosos, enarbolaban una pancarta que le saludaba como «carnicero de Asturias». Se empezaba a alimentar la leyenda que, como sabemos, es falsa: Franco no actuó en Asturias sino como consejero personal del ministro, y ninguna parte tuvo en la represión que, por otra parte, fue escasa. No hizo el menor gesto. Descendió por la escalerilla con la sonrisa fría en él característica y fue entonces cuando, entre las personas congregadas en los muelles, estallaron algunos aplausos.[10]

En Tenerife, isla que recorrió detalladamente, Franco tuvo la sensación de que era tan sólo una especie de cautivo. «Prisionero en Canarias. Poyectos para liberarme».[11] Con estas muy breves palabras lo anotó. Afortunadamente para él, Azaña encargó de la información acerca de los movimientos del general a un joven militar destinado en Canarias, Eduardo Cañizares, que era hijo de su médico. Pero Cañizares, que compartía los puntos de vista de los otros oficiales, lo que hizo fue comunicar a Franco todos los informes que enviaba a Madrid. A pesar de su preocupación por mostrarse tranquilo, aquellos meses de estancia en Tenerife, según testimonio indiscutible de su primo, fueron verdaderamente angustiosos: había pintadas con insultos, y el alcalde de Realejo Alto acordó solicitar su expulsión porque era un fascista indeseable. Hubo rumores de que se proyectaban atentados contra su persona o su familia.[12] En Canarias contó pronto con un amplio grupo de amigos que montaron turnos de vigilancia; entre ellos debemos tener en cuenta a Lorenzo Martínez Fuset, notario de Santa Cruz y comandante jurídico en excedencia.

3. El Gobierno de Azaña no esperó ni siquiera a la constitución de las Cortes para proceder al afianzamiento de su victoria. Lo que virtualmente era un empate se convirtió en dominio más que absoluto del Frente Popular. En su *Diario Íntimo* el Presidente explicó las prisas para la toma del poder con los rumores de que Franco y Goded preparaban un golpe de Estado.[13] En el caso del primero no parece que fuera cierto. Dice Comellas: «Del empate derivó, sin embargo, el claro prevalecimiento de la izquierda. Una cosa es el número de votos y otra los escaños alcanzados de acuerdo con la Ley electoral. Por obra de las presiones que obraron a posterioi, pero también a consecuencia de los mecanismos del juego admitidos previamente por unos y otros, el desenlace fue una evidente imposición del Frente Popular. Si los alzados en 1936 esgrimieron la no correspondencia entre la realidad sociológica y los resultados electorales, aceptaron las reglas del juego tan incorrectamente como los republicanos de 1931. Sin embargo parece que las elecciones de febrero –excepto en las protestas de primera hora– y esa falta de correspondencia, no figura apenas entre los argumentos esgrimidos por los autores del 18 de julio».[14] Es cierto que en las notas de Franco que hemos podido recoger no existe alusión a las elecciones y sus mecanismos.

A pesar de todo el Frente Popular recurrió a todos los medios para hacer que su victoria fuera más aplastante todavía. Muchos resultados electorales fueron impugnados: el Gobierno aceptó únicamente las impugnaciones que podían favorecerle y no perdió ni una sola; de modo que el número de diputados de la derecha disminuyó al tiempo que aumentaban los de la izquierda. Pero hasta Franco pareció dispuesto, como veremos, a entrar en el juego electoral. En dos circunscripciones, Granada y Cuenca, las elecciones tenían que repetirse. Esta actitud formaba parte de una norma de conducta, aceptación de la legalidad, que Franco practicaba. Por ejemplo, en la segunda quincena de marzo recibió una nota del Ministerio de la Guerra en que se desmentían los rumores de descontento y conspiración entre los militares; ordenó distribuirla a los mandos de la Comandancia sin el menor comentario.[15]

4. Aunque se había impuesto a los periódicos una censura rigurosa que reservaba a la izquierda ser únicos conformadores de la opinión, impidiendo por ejemplo la publicación de noticias acerca de asesinatos, robos o atentados fuera de las localidades en donde se producían, Azaña tenía perfecto conocimiento de la situación, que empezaba a escapar a su control. De estas fechas data el pesimismo sombrío que caracteriza sus últimos escritos. Él mismo nos dice que cuando pidió a Largo Caballero que cambiara las consignas que daba a sus masas, el dirigente socialista mostró su asombro: ¿violencia?; no había otra violencia que la que practicaban los falangistas y los de la extrema derecha. Se estaba aplicando también aquí el criterio manejado durante las elecciones de que la violencia revolucionaria era legítima, como medio para imponer la justicia; sólo la que se opone a ella debe ser impedida. Y el Gobierno tuvo una inequívoca claudicación ante esta tesis. El 19 de mayo, en una de sus primeras intervenciones como presidente de las Cortes, Casares Quiroga, que era hombre de la plena confianza de Azaña declaró que «contra el fascismo, el Gobierno es beligerante». Fascismo era, en aquella oportunidad, toda la derecha.

El 11 de marzo de 1936 se produjo en Madrid un atentado contra Luis Jiménez de Asúa, uno de los redactores de la Constitución de 1931 en el que murió uno de los policías de su escolta aunque el catedrático resultó ileso. Nadie fue identifi-

cado ni detenido como autor del ataque, aunque el Gobierno aceptó la tesis de que se trataba de falangistas.[16] Portela Valladares pasó una advertencia a José Antonio para que impidiera a los suyos cualquier acción de represalia[17] pero no hubo lugar para ninguna disposición ya que el 14 de marzo, sin deliberación de las Cortes ni sometimiento a figura jurídica alguna, el Gobierno ordenó el ingreso en prisión de José Antonio, todos los miembros de la Junta Política, Alejandro Salazar y los dirigentes del SEU. Más de dos mil falangistas fueron detenidos en pocos días; en su mayor parte recobraron pronto la libertad. La decisión era grave pues se empleaba como argumento un hecho no probado. Para poder procesar a José Antonio se acudió al argumento de que se le había encontrado una pistola en su domicilio; tampoco podía demostrarse que fuera él y no otra persona la que instalara allí el arma en cuestión.

No se aplicaban los mismos criterios a los hombres de izquierda; proliferaban los grupos armados en aquella «primavera trágica». La decisión gubernamental del 14 de marzo colocó a José Antonio ante una disyuntiva: disolver la Falange o pasar a la clandestinidad. En la primera ni siquiera se pensó. El falangismo siguió creciendo como fuerza ilegal y la popularidad de José Antonio también:[18] cuando el diario vespertino de la Editorial Católica, *Ya*, organizó una encuesta entre sus lectores, éstos le colocaron, en cuanto líder político, por encima de Gil Robles y de Calvo Sotelo. A los tres calificaba conjuntamente de «fascistas» la prensa de izquierdas. No debemos perder de vista al leer documentos o publicaciones que el término fascista se había convertido ya en genérico por aquellas fechas; lo que no era Frente Popular, era fascismo. También se hacía objeto de injurias y ataques a quienes profesaban en público la fe católica.

5. Se quemaron rápidamente las etapas. Las Cortes se reunieron el 1 de abril ratificando sin debate el nombramiento del Gobierno. Aquel mismo día recibió Azaña la visita del cardenal primado de Toledo, Isidoro Gomá, que ante las cosas que estaban ocurriendo, venía a solicitar protección y garantías del Gobierno para las personas y bienes de la Iglesia. El Presidente, mostrándose muy disgustado por las que llamó «chamusquinas» –parecen pagadas por nuestros enemigos, comentó al prelado–[19] intentó tranquilizar a éste con una promesa que a Gomá asustó, pues le dijo que «los derechos reconocidos por las leyes a la Iglesia, serán debidamente respetados». Estas palabras hacían pender sobre el catolicismo una amenaza, aunque no fuese intención del autor formularla: no admitían que la Iglesia tenía unos derechos, sino únicamente que los establecidos por leyes, ahora en manos del Frente Popular, serían cumplidos. Y esto, en opinión del cardenal, era grave viniendo de quien presidiera la legislación anticatólica de la primera etapa de la República.

Idéntica contradicción ofrecen los actos del día 3 de abril. Azaña pronunció su discurso de investidura –llevaba mes y medio ejerciendo como Presidente– en términos tan moderados que mereció incluso los elogios de Gil Robles.[20] Pero en aquellas Cortes, a causa de las impugnaciones aceptadas, los 120 escaños asignados en el primer momento a los populares se habían reducido a 88, con ventaja decisiva para el socialismo. La oferta conciliadora de Azaña era utópica: él no se servía de aquella mayoría aplastante sino que, al contrario, era apenas un instrumento en sus manos. Iniciaba una angustiosa maniobra para intentar salvar a la República de un desastre.[21]

El mismo día 3 de abril, con desconsiderada premura, se presentó una acusación contra Alcalá Zamora por ser contraria a la Constitución la segunda disolución de las Cortes –que tanto beneficiara a los acusadores– reclamando que fuera depuesto. En el fondo, como Azaña explicaría más tarde, los vencedores no podían permitir que un Presidente católico y con capacidad para convocar nuevas elecciones permaneciera al frente de la República. Nadie se alzó para defender al viejo político, a quien *Claridad* comparó con Alfonso XIII; sus amigos de otra hora guardaron silencio. Coincidió un hecho más grave: el 5 de abril Santiago Carrillo, secretario general de las Juventudes socialistas, añadió a éstas el calificativo de Unificadas para poderlas sumar a las comunistas. Francisco Largo Caballero, que había hecho corriente el apodo de «Lenin español», en lugar de moderarse en el tono de sus discursos, lanzaba terribles andanadas contra el Gobierno, al que calificaba de burgués, reclamando la puesta en marcha de la revolución soviética. El 7 de abril de 1936, según estaba previsto, Alcalá Zamora fue arrojado de la Presidencia de la República con tristeza y vilipendio.[22]

II. LA CANDIDATURA POR CUENCA.

1. La destitución de Alcalá Zamora y los disturbios callejeros que estallaron en Madrid el 16 de abril con ocasión del entierro del alférez Reyes, muerto dos días antes en la conmemoración del quinto aniversario del advenimiento de la República, estuvieron a punto de precipitar las cosas: la Junta de generales señaló la fecha del 20 de abril para un golpe que encabezaría Rodríguez del Barrio y que fue suspendido por evidente insuficiencia de los preparativos cuando faltaban pocas horas para lanzarse a la calle. En este preciso momento a punto de comenzar el día 20, como indica Maíz, Mola asumió la responsabilidad de organizar el alzamiento y todos los generales delegaron en él. Lo hizo en calidad de «director» respetando la Jefatura suprema de Sanjurjo, aceptada por todos. Poco después del 20 de abril cursó la Instrucción número 1 en la que, en medio de disposiciones militares, apuntaba ya la conveniencia de que participasen en el alzamiento grupos civiles siempre que no fueran socialistas, masones, anarquistas o comunistas, puesto que todos estos apoyaban al Frente Popular. De hecho, sin embargo, hubo militares masones en el Alzamiento aunque en número muy pequeño. Mola solicitaba de manera especial la participación de milicias falangistas y carlistas.[23]

Tampoco cabe duda de que, desde la reunión del 8 de marzo, Franco se había colocado al lado de los militares conspiradores y mantenía contacto frecuente con Mola a través de Valentín Galarza y de otros enlaces. Más de treinta cartas escribió al «director», las cuales se perdieron o fueron destruidas.[24] De esto no puede dudarse.[25] Pero su adhesión completa a los principios y a la convicción de que finalmente habría que acudir a las armas no excluye en modo alguno una postura de exquisita prudencia: el deterioro de la situación tenía que ser tan evidente que a nadie cupiera ya la menor duda de que se trataba de la única solución.

Durante el mes de abril de 1936 Izquierda Republicana y Unión Republicana, fracciones minoritarias que dirigían respectivamente Azaña y Diego Martínez Barrio y que representaban el sector liberal dentro del Frente Popular, descubrieron que se

estaban convirtiendo en meros instrumentos de la versión radical del socialismo, aquella que repudiaba los métodos y el sistema parlamentarios de los que se había servido para instalarse en la Cámara y organizar lo que ya era una dictadura de Partido. Sin embargo ni a uno ni a otro pasó por la imaginación abandonar el bloque. Seguían confiando en alguna clase de maniobra que desarmara a los violentos. Es necesario leer atentamente *La velada en Banicarló*, en donde Azaña volcó toda la amargura de su desilusión para comprender estos matices y, también, lo que le preocupaba su propia responsabilidad en el giro dramático que empujaba a «su» República al abismo. Resultaba para ambos inconcebible dejar de estar en la izquierda. Muchos, en el bando opuesto, procedieron de la misma manera: les resultaba inconcebible estar con la izquierda; de este modo pensaba Franco.

El 10 de mayo de 1936 el Frente Popular se deshizo de Azaña por el procedimiento original de «ascenderle» a la Presidencia de la República, sucediendo a Alcalá Zamora. La Presidencia era un cargo honorífico si bien la Constitución de 1931 le había reservado algunas de las prerrogativas de la Corona, como la de pasar el encargo de formar Gobierno no al jefe de la mayoría parlamentaria sino a aquella persona que, a su juicio, tenía las mejores condiciones para ello y era más capaz de lograr un apoyo. También tenía la potestad de disolver las Cortes anticipando las elecciones, aunque sólo dos veces en cada etapa presidencial.

Apoyándose en dichas prerrogativas, Azaña intentó una maniobra de reorientación de facciones dentro del socialismo, construyendo una nueva mayoría: para ello encargó a Indalecio Prieto la formación del Gobierno que debía sucederle. Prieto formaba parte de la fracción más numerosa de la Cámara y, siendo a la vez inteligente y hábil, representaba dentro del socialismo español de aquella época un sector intermedio entre Julián Besteiro, convertido a un moderantismo intelectual cada vez más acentuado, y arrinconado en consecuencia, y Francisco Largo Caballero que era un extremista radical. Pero el Partido Socialista Obrero pidió a Prieto que no aceptara el encargo que se le hacía; en apenas unas horas, Azaña se encontró en la incómoda situación en que por razones distintas, su antecesor se hallara en 1933.Tuvo que recurrir a un Gobierno minoritario sostenido por los votos de grupos ajenos. El 12 de mayo Santiago Casares Quiroga formó Gobierno.

Prisionero el Presidente y prisionero el Consejo de Ministros de una situación que ya no controlaban. Era, como pensaba Largo Caballero, un Gabinete de puro trámite, débil barrera que no estaba en condiciones de resistir una exigencia revolucionaria. Mientras tanto Casares Quiroga no podría desarrollar ninguna clase de política: tenía que obedecer las demandas que se le hacían desde la Cámara porque los votos eran ajenos.

2. Había comenzado, entre tanto, una muy fuerte campaña contra el Ejército en general, lo que no deja de ser sorprendente porque el Gobierno del Frente Popular contaba con la adhesión de más de la mitad de los mandos militares. Se estaba convirtiendo en víctima de su propia propaganda o trataba de adelantarse a un golpe que consideraba inminente: una de las primeras decisiones de Azaña consistió en renovar los acuerdos comerciales con Francia, que garantizaban la compra de material de guerra en el vecino país por 20 millones de pesetas; un proyecto que databa de la época en que Franco ostentaba la Jefatura del Estado Mayor.[26] Parecía la cam-

paña contra los militares anuncio de una de las señales indicadas en la reunión del 8 de marzo, y confirmación de que aquella esperanza en que la República pudiera «superar sus dificultades» era infundada: España se aproximaba, según él creía, a una revolución comunista.[27] Los artículos de prensa y los discursos de Largo Caballero le confirmaban en esta convicción que se apoyaba en los documentos remitidos por la Entente Internacional Anticomunista.[28]

La escasez de líneas de comunicación entre la Península y Canarias era la principal razón de que Azaña hubiera decidido confinar a Franco en el archipiélago: se podía ejercer una estrecha vigilancia sobre él y, también, sobre sus posibles comunicantes, dificultando los enlaces aunque sin impedirlos del todo. Mola estaba decidido a contar con Franco –lo que significaba algo muy distinto de que se sumara desde Canarias al Alzamiento– pero se le planteaba un grave problema, el de cómo permitirle abandonar el archipiélago. Así surgió el proyecto de la candidatura a las Cortes por Cuenca, pues un diputado, aunque sea militar, dispone de completa libertad de movimientos. Veamos ante todo cómo, años después, reconstruía Franco el episodio:

> «Las Canarias. Proyectos para liberarme. Licencia vuelta al mundo. Presentación a diputado Cuenca: fracaso».
>
> «En la entrevista celebrada en Madrid por el general Franco con los generales Mola y Varela para tratar del Movimiento, el general Mola exigía una condición para tomar parte en él: que el Movimiento tenía que ser republicano, justificando su postura en la situación real de España, la falta de ambiente monárquico y la necesidad de sumar el máximum de generales, jefes y oficiales que él reconocía, en su mayoría, republicanos, condición que después de breve discusión, hubo de modificar el general Franco, logrando que el Movimiento fuese por España sin ninguna etiqueta determinada, pero sin cerrar el camino a que triunfante el Movimiento y restablecido el orden, pudiese instaurarse el Régimen que más conviniese a la Nación, que si era verdad la falta de fervores monárquicos en la mayoría de la Nación, existían núcleos importantes, importantísimos de ella de los que iban a tomar parte en el Movimiento que estaban convencidos de que la República no podía ser más que esto, lo que estábamos viendo. Y como había de haber un lapso de tiempo grande que nos permitiera reflexionar, el Movimiento fuese exclusivamente por España, sin matiz determinado, recogiendo a todos los españoles. Una segunda condición, rechazada en principio, fue la de que el Movimiento conservase la bandera tricolor, rechazada como la anterior ante la situación que los hechos habían de crear, por ser precisamente la bandera antigua la amada y sentida por toda la Nación. Ahora bien, no había inconveniente en aceptar que no se decretaría hasta después del hecho consumado».
>
> «Las noticias que del general Mola recibía el general Franco en las islas Canarias, no coincidían con las noticias directas que de Madrid, Barcelona, Zaragoza y Valencia, recibía de personas de toda su confianza, y que acusaban una situación muy distinta del optimismo que reflejaban las primeras. El Movimiento se presentaba con muchas mayores dificultades en esas regiones y era necesaria una acción más intensa cerca de sus generales que garan-

tizase su adhesión para el Movimiento. En estas condiciones y no habiendo resuelto todavía el problema del avión que habría de conducirle a la Península, el general Franco buscaba un medio de abandonar legalmente el Archipiélago y que le permitiese tomar más directamente contacto con las guarniciones para estar presente en aquellos lugares donde el Movimiento amenazaba con fracasar».

«Y en este sentido había encontrado, en las nuevas elecciones de Cuenca y en el ofrecimiento que reiteradamente le había hecho el general Fanjul de su acta de diputado por aquella circunscripción, un medio de regresar a la Península y de gozar una relativa impunidad para sus movimientos. Por ello gestionó de los grupos de derechas el que éstos renunciaran a sus puestos en la candidatura y que aceptasen que el general Franco y José Antonio fuesen los únicos candidatos, asegurando de esta manera la elección y la libertad de movimientos para ambos, sobre la base de que en la situación de España era indiferente unos diputados más o menos y lo único importante era que quienes debían, pudieran salvarla».

«Esta gestión, que no debía hacerse pública más que en el caso de una aceptación total e incondicional de los afectados, lo fue hecha por haber sido aceptado en principio, pero en las primeras horas del domingo en que tenía que hacerse la proclamación de candidatos se volvieron atrás, telegrafiando al general Franco la imposibilidad de mantener su candidatura. Ante esta eventualidad, el general Franco hizo su desautorización pública».[29]

3. Hasta aquí las palabras de Franco, un recuerdo, con distancia de años, en que no existe demasiada precisión en cuanto a los detalles, pero que importa mucho a los historiadores porque es un medio de reconstruir su mentalidad. Puede admitirse como cierto que el general retiró su candidatura contra su voluntad y que no quedó nada contento.[30] Tampoco estamos seguros, a la vista de los resultados, y de la decisión del Gobierno de intervenir, sin atender a la limpieza de sus métodos, para que ningún diputado derechista saliese de aquella consulta tardía, de que Franco hubiera sido elegido de haber perseverado en el empeño. Desde luego José Antonio fue despojado en el último momento por el procedimiento de la invalidación de votos.

De este episodio dos noticias son absolutamente seguras. Ramón Serrano Suñer, que había hablado con José Antonio en la cárcel, hizo un viaje a Canarias[31] para hablar con su cuñado, coincidiendo en el pequeño avión con Negrín.[32] Según Serrano, el general no estaba muy dispuesto a renunciar a la candidatura, pero el argumento más valioso era que, dadas las escasas dotes parlamentarias de Franco, aun en el caso de ser elegido, su papel en las Cortes podía ser contraproducente.

La segunda noticia es el discurso de Indalecio Prieto en Cuenca el 1 de mayo en un acto de multitudes coincidiendo con la Fiesta del Trabajo aunque con el pensamiento puesto en las elecciones inmediatas. Sabía que Franco se había retirado y esto le dio pie para hacer un elogio bastante sorprendente de su ejecutoria militar congratulándose de esta última decisión. También trató de compensar los argumentos de Largo Caballero con una invocación a España, un ¡Viva España! que los socialistas rehuían cuidadosamente. José Antonio, desde la cárcel, al leer el discurso, no pudo contenerse y escribió: «¿Estaría, quizá, más presente la Falange en el ánimo del Sr.

Prieto por hablar en acto donde se preparaba el gatuperio electoral de que he sido víctima? Tal vez pasara esto: lo cierto es que el discurso del tribuno socialista se pudo pronunciar, casi desde la cruz a la fecha, en un mitin de Falange Española.[33]

III. LOS ANTECEDENTES DE LA CONSPIRACIÓN.

1. El 17 de julio de 1936 se inició en España un alzamiento militar contra el Gobierno del Frente Popular, el cual, al no triunfar generó una cruenta guerra de 32 meses. Éste fue, sin duda, el acontecimiento mundial más importante de la década de los años 30, anunciando la gran contienda que se desencadenaría de modo inmediato. Los autores, más ensayistas que historiadores, unánimes en esta apreciación, la interpretan de manera distinta según el lugar en donde sus preferencias políticas les colocan. Podemos clasificar estas interpretaciones en cinco grupos:

- lucha entre la democracia y el fascismo (tesis sostenida por el Gobierno del Frente Popular),
- cruzada religiosa contra los enemigos de Dios (argumento de los nacionales y en especial de los sectores católicos y de la propia Iglesia),
- guerra contra el imperialismo extranjero (un tópico que servía a ambas partes ya que hubo intervenciones muy serias en favor de uno y otro bando),
- batalla entre la civilización occidental y el comunismo (propuesta favorita de Franco pero que aparece también en otros muchos, incluyendo a don Miguel de Unamuno al final de su vida), y
- choque entre la revolución y la reacción capitalista (que sostuvieron y aún sostienen socialistas y anarquistas).[34]

Esto hace muy difícil el trabajo del historiador porque todas las interpretaciones dicen la verdad, esto es, aquella parte de la realidad que, en opinión de sus protagonistas, era la única que merecía tenerse en cuenta, pues todo lo demás podía ser olvidado. Debe añadirse el hecho de que, desde fuera, los sucesos se veían de modo muy distinto: amplios sectores de opinión en Francia e Inglaterra, como también en Estados Unidos, creyeron que se estaba defendiendo a un gobierno democrático –lo que se hallaba en contradicción con el hecho de que eran los revolucionarios de octubre de 1934 los dueños del poder y con el de que la oposición parlamentaria fue violentamente suprimida– frente a una facción de militares rebeldes. Otra de las deformaciones comunes es la que atribuye a la guerra española, sus contendientes y su respectiva maquinaria de represión, una crueldad desmesurada: esto es falso, pues las represalias, con juicio y fuera de él, incluso en un país tan civilizado como Francia, superaron ampliamente a las de los dos bandos españoles. Lo que no nos permite ignorar que, como toda guerra civil, fue la española, muy cruel.

La URSS, en ciertos momentos Francia, Alemania e Italia participaron activamente en la contienda, imponiéndose en ocasiones a la voluntad de sus respectivos dirigentes. De aquí han surgido ciertas leyendas como aquella de que la conspiración fuese una especie de maniobra «fascista» sobre España, semejante a la que en el verano de 1935 comenzara a esbozar la Komintern. Ángel Viñas ha constatado de

modo fehaciente el error de tal noticia.[35] Durante el trazado de la conspiración, Mola y Sanjurjo estuvieron en contacto con agentes comerciales alemanes, especialmente Erich Killinger, que representaba a la Federación de Industria Aeronáutica Alemana, y Josef Veltjens, porque vislumbraban la necesidad de acudir a mercados de armas, aunque preferían entonces los británicos.[36]

La documentación alemana, tanto la procedente de la Embajada en Madrid, como la del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) revelan una absoluta ignorancia de los preparativos. Los monárquicos alfonsinos y carlistas, como ya indicamos, trataban de establecer algún contacto con Italia, pero, curiosamente, no en 1936 sino antes. Desde junio de 1935 José Antonio Primo de Rivera tenía asignado un subsidio de 50.000 liras al mes, que se le abonaba en París por medio del agregado de prensa, Amedeo Landini. Esta suma era entregada por órdenes directas de Ciano, y hasta es posible que Mussolini lo ignorase. Entra dentro de ciertos hábitos normales en la diplomacia, es decir, recompensar informes elaborados por personalidades políticas a fin de que sirvan de orientación: uno de éstos fue elaborado en el verano de 1935 por el fundador de Falange.[37] Pero después de las elecciones de febrero de 1936 dicha subvención cesó.

2. Algunos de los que participaron en la conspiración creyeron que se trataba de restaurar la Monarquía de Alfonso XIII, que vivía en el exilio. Tal fue el origen de un equivoco que causaría después profundas decepciones y oposición a la persona y el Régimen de Franco. Pero el general fue indeclinablemente monárquico y creyó que la meta de cuanto se venía haciendo tendría que ser la Monarquía y no la República. En 1936 el monarquismo alfonsino era el más débil políticamente porque muchos de los que lo encarnaban habían mostrado complacencia y espíritu de cooperación con la República: el *Debate*, que añoraba ahora más que nunca el antiguo sistema, había ofrecido al Gobierno provisional en abril de 1931 su colaboración. De ahí que Alfonso XIII intentara un acuerdo con la rama carlista en torno a una persona, su tercer hijo, Juan, que por incapacitación de los dos primeros, podía reunir todas las líneas dinásticas. Acuerdo que fracasó.

Desde octubre de 1932 funcionaba un comité encargado de organizar el movimiento de opinión que se requería para la Restauración: lo componían Jorge Vigón, Eugenio Vegas Latapie, Juan Antonio Ansaldo y el marqués de la Eliseda. Pero el respaldo ideológico que invocaban no era el de la CEDA, ni de la derecha triunfante en las elecciones de 1933, sino de Renovación Española, un grupo creado por Antonio Goicoechea, al que se sumara Calvo Sotelo, el cual aún no había conseguido desarrollarse. El órgano de opinión era la revista *Acción Española* de difusión escasa, pero entre cuyos suscriptores se encontraban Franco y el cardenal Gomá. Desde las primeras palabras con que Ramiro de Maeztu abriera la nueva trayectoria –«España es una encina medio sofocada por la yedra»–[38] quedó bien claro que lo que se preconizaba era una operación de limpieza de las adherencias liberales y librepensadoras del viejo edificio de la Corona española.[39] De modo que los dirigentes monárquicos alfonsinos sentían también la necesidad de inclinarse hacia el tradicionalismo.

Mussolini venía manteniendo contacto con los grupos monárquicos españoles de las dos ramas, ofreciendo pequeñas ayudas: el 31 de marzo de 1934 recibió al general Emilio Barrera y a Antonio Goicoechea. Esta relación era debida a que los

alfonsinos veían en Italia una Monarquía católica y no a que estuviese gobernada por el fascismo hacia el que sentían cierta simpatía, pero no identidad. Por las mismas fechas Antonio Lizarza y Rafael Olazábal, recibían promesas semejantes.[40] Desde el punto de vista del Gobierno italiano, una nueva Monarquía en España garantizaba futuras alianzas.

3. El viejo carlismo, convertido ahora en Comunión Tradicionalista, iba a desempeñar un papel esencial en el Alzamiento, y después. La presencia de Manuel Fal Conde, que se mostraba opuesto a toda clase de concesiones que incluyeran merma de la pura doctrina, se fue afirmando desde noviembre de 1933; rechazaba de manera especial el liberalismo que los alfonsinos admitían. Desde el 15 de abril de 1934, en que se produjo la dimisión de Rodezno, Fal Conde, con poderes delegados de don Alfonso Carlos, asumió plenamente la dirección de la política. No hacía distingos entre las diversas facciones de la República: gobernaban Lerroux y la CEDA cuando decidió preparar un alzamiento militar dando instrucción de armas a la partidas; Varela y Rada, según hemos indicado, se sucedieron en este cometido. A finales de 1935 funcionaba en San Juan de Luz una Junta carlista que se ocupaba de preparar y organizar el futuro levantamiento; no se descartaba, al parecer, una posible colaboración con los falangistas.

El 10 de marzo de 1936, al encargar a su pariente Javier de Borbón-Parma, la regencia de la Tradición, Alfonso Carlos manifestaba que consideraba rotas las negociaciones con la otra rama; afirmaba que se descubrían reminiscencias liberales para él inaceptables. No se trataba de hacer de don Javier un pretendiente sino de que montara una guardia celosa, junto con Fal Conde y los dirigentes de la Comunión, para que el príncipe que debiera reconocerse como tal, poseyera las condiciones requeridas. Con este documento en su poder, Fal Conde estableció inmediatos contactos con Sanjurjo. Tal era la situación con que tuvo que enfrentarse Mola a su llegada a Pamplona y después al hacerse cargo de la dirección del movimiento. No quería que el apoyo político se redujera al carlismo, con cuyas ideas no comulgaba, sino, por el contrario, ampliarlo lo más posible. Estableció contacto ante todo con los militares republicanos que, como Miguel Cabanellas, querían apuntalar la República, pero no destruirla, con la CEDA, que ofreció medio millón de pesetas, remanente de la campaña electoral, con Calvo Sotelo y con los monárquicos alfonsinos de Renovación Española. No estaba dispuesto –y en esto coincidía plenamente con Franco– a ponerse al servicio de ninguno de estos grupos, pero sí a emplearlos como aglutinantes de una acción que, empezando con un golpe militar, debía conducir al establecimiento de un nuevo Régimen.

Es muy importante tener en cuenta el contenido de la novena de las instrucciones impartidas por Mola: lleva la fecha del 5 de junio, es posterior por tanto al fracaso del proyecto estabilizador de Indalecio Prieto y Azaña, y describe lo que sería resultado del Movimiento, después de que hubiera triunfado. No estoy seguro de que Franco haya aceptado expresamente esta condición. A finales de mayo uno de los principales jefes de la UME estuvo en Canarias llevando a éste la oferta de Goded para reconocerle como verdadero jefe del alzamiento pero Franco seguía en sus dudas y vacilaciones. De acuerdo con el programa de Mola, tras la victoria del golpe se constituiría un Directorio de cinco generales que se encargarían de los asuntos de Gue-

rra, Marina, Gobernación y Comunicaciones, pasando los demás Ministerios a ser regidos por consejeros técnicos. Los acuerdos del Directorio tendrían rango de decretos-leyes, pero serían refrendados más tarde por un Parlamento elegido, con carácter de constituyente, pero sólo por los ciudadanos que poseyesen unas condiciones mínimas de instrucción y de conducta. Era, pues, una dictadura republicana que iba a declarar fuera de la ley a todas las sectas y organizaciones políticas que «reciben su inspiración del extranjero»:[41] la alusión a las Internacionales y a la Masonería, era evidente. El resultado debía ser el fortalecimiento de un Estado que se comprometía a realizar una política de riegos y obras públicas, instrucción educativa, superación del paro estableciendo subsidios para quienes lo padeciesen, hacer la reforma agraria, acabar con la deuda pública, mantener la separación entre la Iglesia y el Estado y permitir la libertad de cultos. Este programa, que fue aceptado también por los monárquicos, mereció la aprobación más o menos entusiasta de los generales comprometidos.

4. Las negociaciones entre Mola y los tradicionalistas fueron muy tensas y casi por milagro no fracasaron. En los primeros días de mayo Fal Conde viajó a Estoril. La Junta Militar carlista instalada en San Juan de Luz, que presidía el general Muslera, y en la que figuraban los tenientes coroneles Rada, Baselga y Utrilla, estaban de acuerdo en reconocer la superior autoridad de Sanjurjo pero querían garantías, que Mola no daba, de que el alzamiento iba a derribar la República y reinstalar la Monarquía católica tradicional. También voló a Estoril don Javier de Borbón. Sanjurjo no se atrevió a concluir nada sin la aquiescencia de Mola y éste envió a Lisboa al diputado tradicionalista y director de *El Diario de Navarra*, Raimundo García: por él fue Sanjurjo informado de que las Provincias Vascongadas, Burgos, Logroño y Navarra ya estaban seguras con los conspiradores. Un representante de Sanjurjo estuvo el 8 de junio en San Juan de Luz para contactar con los miembros de la Junta carlista, concretamente con don Javier, Fal Conde, Zamanillo, Rafael Olazábal y Lamamié de Clairac.[42]

José Luis Zamanillo fue el encargado de comunicar a Mola las condiciones que los carlistas exigían; lo hizo en dos reuniones que celebraron, el 12 de junio en Pamplona y el 15 en el monasterio de Irache. No hubo entendimiento; Mola quería que los carlistas aceptasen su Instrucción número nueve del 5 de junio, y éstos exigían la supresión de la Constitución, de los sindicatos y de los partidos, retorno a la bandera bicolor y dictadura temporal para el establecimiento de un nuevo Régimen. En otras palabras, los tradicionalistas parecían empeñados en exigir que el alzamiento fuese carlista y no otra cosa; les parecía inconcebible tomar las armas bajo la bandera de la República. En otra entrevista, el 2 de julio, en casa de Esteban Ezcurra en Echauri, acompañando Antonio Lizarza a Zamanillo, se llegó a abierta ruptura; sin la bandera bicolor, el compromiso de acabar con los partidos políticos y la unión de Iglesia y Estado, los carlistas no se lanzarían a la calle.

A pesar de la actitud intransigente de los miembros de la Junta era ya muy difícil detener a los carlistas. Recientemente Jesús María Ibero ha intentado una encuesta entre los supervivientes de la contienda tratando de averiguar por qué, en el fondo, habían tomado las armas y las respuestas nada tienen que ver con los candidatos al trono ni con muchas de las teorías que ahora se manejan: había que acabar con la

República porque era mala, perseguía a la religión, quería educar a sus hijos en el ateísmo, estaba incrementando el paro y con ella sufrían los pobres, entre los cuales se contaban ellos, los carlistas. Querían, pues, que volviese el orden con las viejas y buenas costumbres morales y que retornara el trabajo como antes.[43] Con o sin Fal Conde, se hubieran lanzado a la calle.

Esto no obsta para que hayamos de registrar aquí la dureza de las negociaciones. El 2 de julio parecía haberse llegado a una ruptura completa. Entonces Antonio Lizarza fue a Estoril para conversar con Sanjurjo los días 9 y 10 de julio y regresó con una carta para Fal Conde y otra para Mola en que se contenía copia de la anterior. Mola expresó sus dudas de que el texto correspondiese a lo que Sanjurjo pensaba. Eran días críticos, cuando todavía no estaba cerrada la operación para sacar a Franco de Canarias. Mientras tanto, González de Gregorio recomendaba a Mola que, soslayando la Junta de San Juan de Luz, se pusiese de acuerdo con la Junta de Pamplona y con el conde de Rodezno: el general aceptó dos condiciones al menos, que los carlistas luchasen con su propia bandera y que se les entregasen todos los Ayuntamientos de Navarra. El 12 de julio don Alfonso Carlos, desde Viena, ordenó que no se sumara nadie al movimiento si no se cumplían las condiciones mínimas, aquellas que se contenían en la carta de Sanjurjo. Ante tantas presiones encontradas Mola se rindió: en la práctica abandonaba sus directrices políticas del 5 de junio y con ellas la defensa del sistema republicano. Pero las cosas estaban ya demasiado lejos para que pudiera detenerse el engranaje: el 13 de julio saltó la noticia del asesinato de Calvo Sotelo; se había pasado el Rubicón. Si tras esta muerte –que por muy poco no fue precedida por la de Gil Robles– no se producía una reacción violenta, los extremistas del Frente Popular, desbordado el Gobierno, podían hacer su revolución. El 14 de julio Mola entregó a Lizarza una nota que decía: «Conforme con las orientaciones que en su carta del día 9 indica el General Sanjurjo y con las que el día de mañana determine él mismo como Jefe de Gobierno». Fuerte consuelo: a las pocas horas, tras minutos de verdadera angustia, recibió Mola la seguridad de que Franco iba a trasladarse a Marruecos para asumir el mando. El 15 de julio la Comunión entregó a Mola el compromiso escrito de sumarse.

5. Veamos ahora la versión de Franco, recordada años más tarde, interesada en destacar que ni los organizadores del Alzamiento ni él mismo habían aceptado compromiso ninguno con los alfonsinos o con los carlistas respecto al Régimen que iba a ser implantado. No tenemos documentos fehacientes que nos permitan rebatir esta afirmación y las referencias posteriores que los monárquicos alfonsinos presentan tampoco aluden a ellos. Al final no hubo compromiso ni republicano ni monárquico y el retorno a la bandera bicolor fue una decisión personal y hasta arbitraria de Franco, sin que mediara acuerdo alguno y siendo éste tan sólo el jefe del Ejército de Marruecos y el Sur. Son sus palabras:

> «Se decía por aquel Jefe (ignoro a quién se refiere) que los monárquicos contaban con mucho dinero. También lo pagó. Sabe Sainz Rodríguez que andaba a la búsqueda de generales conspiradores a los que ofrecía una elevada cantidad en un Banco de París a su nombre si perdían la partida. ¡Menguada recluta iba a hacer! Esto mismo aparece en alguna obra histórica ten-

denciosa de cuño monárquico e incluso D. Alfonso XIII ha aludido alguna vez a haber hecho por el Movimiento sacrificios económicos importantes. Qué se hizo de ese dinero y cómo se administró, pues ni el general Mola ni yo, ni ninguno de los Jefes del Movimiento nacional empleamos ni supimos de una sola peseta de ese dinero. Sólo supe de una cantidad aproximada al medio millón de pesetas que el Sr. Gil Robles envió por conducto de D. Francisco Herrera al general Mola, que éste se negó a recibir, pero que a última hora le recogió por su cuenta el capitán Lastra en Pamplona, que depositó en la Caja de Ahorros y de los que se satisfacían comida y socorro por unos miles de pesetas en los primeros momentos a los requetés movilizados, y otra pequeña cantidad que pidió el propio entregante, Herrera para ir a hacer propaganda a Londres, quedando un remanente de algo más de 400.000 pesetas que se entregaron para los gastos de construcción del Valle de los Caídos».

«Es curioso este caso del Sr. Gil Robles que arengaba a las juventudes con anterioridad al Movimiento nacional y con la otra mano cobraba el dinero de las elecciones. Papel del Sr. Gil Robles, las juventudes de la CEDA al Cuartel de la Montaña, el poder a ellos. Trabajó en Lisboa por el Movimiento. Su postura política le había equivocado. Su gestión política justificaba el Movimiento, pues se habían agotado todos los recursos».

«En los últimos días anteriores al Movimiento (hubo una gestión) por parte del Jefe del Tradicionalismo para lograr cambiar este propósito del Movimiento, dando a éste un carácter marcadamente monárquico tradicionalista, presentándose en Estoril al General Sanjurjo una vez decidida la fecha y en la imposibilidad de retroceder, para que aceptase el ultimatum o retirarse los tradicionalistas del Movimiento. El General Sanjurjo, agobiado por la situación y ante la maniobra de que era objeto, se avino a firmar una carta para el General Mola en que parecía aceptar esta propuesta, sin perjuicio de enviarle a Mola un ayudante haciéndole ver la falta de validez del escrito por no llevar la contraseña acordada y haber sido hecho forzoso por la situación en evitación de que las gentes tradicionalistas comprometidas pudieran hacer fracasar el Movimiento pero no estando dispuesto a cumplirlo».

«El general Mola, que recibió la visita del Jefe carlista con esta pretensión se negó a aceptarla, fundamentado en las razones que al General Franco había expuesto y a haberse comprometido con el Ejército a que el Movimiento no tuviese este carácter, manteniendo firme esta tesis. Las horas que siguieron a esta pretensión fueron trágicas para el general Mola pues iba a desencadenarse el Movimiento con este inconveniente y, según frase propia, estuvo a punto de pegarse un tiro al verse desasistido. Los carlistas navarros, al enterarse, le hicieron presente por boca de personalidades de aquella comarca más caracterizadas que ellos estaban dispuestos con su jefe o sin él a ir al Movimiento solamente por Dios y por España».

«Este es un hecho de una importancia política trascendental, habilidosamente escamoteado por algunos de los sectores principales».[44]

6. Hubo, pues, compromiso escrito del tradicionalismo.[45] Hubo también intervención activa de la CEDA y de Gil Robles, aunque en su libro posterior, *No fue posible*

la paz, éste lo negara. Hubo aceptación de los monárquicos que colaboraron muy estrechamente y con entusiasmo. En el caso de Falange Española hubo matizaciones. Desde la cárcel, lo que le impedía tener conocimiento detallado de lo que estaba sucediendo, Jose Antonio dirigió el 4 de mayo de 1936 una carta a los militares españoles incitándolos a sublevarse. Pero el 24 de junio instruyó a sus correligionarios para que no se precipitasen a sumarse a algo que podía ser prematuro o que, incluso, en caso de triunfo, significara también la desaparición de Falange; tenían que permanecer atentos pero sólo obedecerían las ordenes de sus superiores. Estas órdenes fueron impartidas por el propio fundador cinco días más tarde: las milicias establecerían pactos con las autoridades militares pero irían a la guerra formando unidades propias, con sus banderas y sin perder identidad.

Así pues, aunque el Alzamiento del 17 de julio fue organizado, dirigido y desencadenado por militares, contaba, desde antes de que se iniciara la insurrección, con el respaldo de, al menos, cuatro grandes sectores políticos: la derecha encuadrada en la CEDA, los monárquicos incluyendo Renovación Española, los carlistas y los falangistas. Cada uno de ellos trataría después de convertirse en protagonista. Al no lograrlo, y al surgir después posibilidades de convergencia con los adversarios de la víspera, se ha negado con posterioridad esta participación o se la ha exagerado. Lo cierto era que, como tituló Gil Robles en un famoso artículo del *Debate*, «media nación no se resignaba a morir» y esgrimía un principio de legítima defensa. O, como en el verso de Machado: «una de las dos Españas te ha de herir el corazón».

Notas al Capítulo 13.

[1] R. de La Cierva, *Franco*, p. 141, piensa que esta entrevista fue anterior en el tiempo a la de los mandos militares y así la situamos aquí, pero Stanley G. Payne, *op. cit.*, p. 104, la sitúa después. Para J. Arrarás, *Franco*, p. 230, todo se redujo a un cambio de opiniones. Franco y José Antonio convinieron en que Yagüe, militar y falangista, podía ser interlocutor idóneo entre ambos.

[2] En la publicación oficial, *Historia de la Cruzada*, IX, p. 467, que generalmente se encuentra bien informada en cuanto a los datos que proporciona, se menciona también a Alfredo Kindelán y a Miguel García de la Herrán, como asistentes a esta segunda reunión. De ella no salió ningún proyecto concreto aunque sí un consenso respecto a que había que hacer algo.

[3] J. y R. Salas Larrazábal, *La Guerra* en *Historia general de España y América*, Rialp, XVII, 1986, p. 275, apuntan a una reunión que en fecha próxima al 1 de marzo celebró Mola con estas personas.

[4] En la declaración prestada por el ayudante de Goded, coronel Carlos Lazaro Muñoz (30 de diciembre de 1940, en *Documentos inéditos para la Historia del Generalísimo Franco*, I, Madrid, 1992, pp. 29-43. En adelante se cita sólo como *Documentos*), miembro de la UME se dice que Goded había sido el inductor del Alzamiento. Al ser destituido el 27 de febrero fue al cuartel de la Montaña a convencer a los coroneles de que se sublevasen. Ellos respondieron que era una locura. El 28, acompañado de Lázaro, salió de Madrid y en Barcelona sondeó a Llano de la Encomienda, comprobando que no podían contar con él.

[5] Jaime del Burgo, «De la República y de la conspiración: el requeté de Navarra», en *La guerra y la paz cincuenta años despues*, Madrid, 1990, p. 137.

[6] *Documentos*, I, pp. 44-46.

[7] Tanto G. Hills, *Franco*, pp. 219-220, como Salas Larrazábal, *op. cit.*, pp. 277-278, insisten en este punto y el testimonio concordante de Félix Maíz, *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*, Pamplona, 1952, pp. 50-51, colaborador estrecho y directo de Mola en estos menesteres, merece ser tenido en cuenta y no deja lugar a dudas de que la conducta de Franco fue como aquí se recoge. En otros momentos o en éstos, coinciden los testimonios de que Franco sostenía dos tesis:

- el Alzamiento «sólo se condenaría en el caso de que las circunstancias lo hiciesen absolutamente necesario»,
- en este caso, además, era condición indispensable que «fuese por España exclusivamente, sin ninguna etiqueta determinada». Franco no era un general golpista; había mostrado cierto horror por las conspiraciones. Por otra parte estaba convencido de que, en aquellas circunstancias, un pronunciamiento estaba destinado a fracasar. Se iba hacia otra cosa, una guerra civil. Cada uno debía hacerse dueño de su parcela y tratar luego de reunir las fuerzas.

[8] R. de La Cierva, en la primera edición de su obra, se atuvo al testimonio de Gil Robles –que no estuvo presente en ninguna de estas reuniones– y afirmó en consecuencia que Franco se había comprometido en firme. En la segunda edición admite que hubo vacilaciones. Compromiso en los principios, duda en cuanto a la oportunidad del momento. El propio Franco no nos aclara mucho las cosas. Omite la entrevista con José Antonio y dice: «Decisión del movimiento. Condiciones de Mola. Causas para desencadenamiento. Sanjurjo. La UME, Galarza». *Apuntes*, p. 33. Serrano Suñer, en sus *Memorias*, p. 53, dice que Franco, al salir hacia Canarias le encargó mantener contacto con González Galarza.

[9] Muchos años después, Franco ordenó que le hiciesen copias del *Diario Íntimo* de Azaña en las páginas referidas a estas acusaciones que había entendido mal cuando se produjeron.

[10] Según testimonio de Franco-Salgado fue en este momento, al cruzar la pasarela, cuando comentó con su primo que se equivocaban los que creían en un golpe de Estado breve y contundente. Si llegaba a hacerse imprescindible el Alzamiento se produciría una guerra larga y sangrienta. G. Hills, *Franco*, p. 220.

[11] *Apuntes*, p. 33.

[12] R. de La Cierva, *Franco*, pp. 142-143.

[13] Franco se hizo copiar más tarde las páginas de este *Diario Íntimo* referidas a 19 y 20 de febrero.

[14] J. L. Comellas, «Los caminos de la guerra», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, p. 125.

[15] Antonio González Betes, *Franco y el Dragón Rapide*, Madrid, 1987, pp. 63-64.

[16] Con posterioridad, David Jato y Alejandro Corniero, han atribuido el atentado a estudiantes falangistas, sin dar nombres; pero no aclaran si fue siguiendo órdenes o por acción espontanea.

[17] Stanley G. Payne, *op. cit.*, p. 82. El desmantelamiento de Falange impediría a ésta jugar un papel en la preparación del Alzamiento al que se sumó de inmediato.

[18] A. del Río y E. Pabón, *Textos inéditos y epistolario*, Madrid, 1956 y *Últimos hallazgos de escritos y cartas de José Antonio*, Madrid, 1962, han recopilado la serie de importantes documentos a través de los cuales se mantuvo la relación del fundador de Falange con sus correligionarios. Aunque en algunos casos es difícil establecer la autenticidad de algunas de sus cartas, es indudable que José Antonio tenía el convencimiento de que Falange, gracias a la ilegalidad, iba a convertirse en gran partido de masas.

[19] La entrevista en M.ª L. Rodríguez Aísa, *El cardenal Gomá y la guerra de España*, Madrid, 1981, p. 15.

[20] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.267.

[21] Raymond Carr, *La tragedia española*, Madrid, 1986, es probablemente el mejor analista de esta situación. Señala que entre los socialistas de izquierda, seguidores de Largo Caballero, que formaban mayoría en sus bases, el proceso de 1936 era el mismo de Rusia en 1917: tras una fase de transición, como había sido la de Kerenski, los soviets se harían dueños del poder. J. Andrés-Gallego, *España Actual. La guerra civil*, en *Historia España*, Gredos, 13,1, Madrid, 1989, pp. 78-80, apunta a que Azaña y sus seguidores conocían muy

bien la división interna del socialismo y probablemente esperaban que, con su apoyo, Prieto –a quien también José Antonio admiraba– pudiera imponerse al sector caballerista. Es de todas formas importante no dejarse influir por lo que luego sucedió cuando los comunistas acabaron también con Largo Caballero.

22 Autores de corrientes muy distintas han coincidido en señalar la gravedad que revistió la destitución de Alcalá Zamora. Dice, por ejemplo, Shlomo Ben Ami, *op. cit.*, pp. 19-20: «La Luna de miel en el Frente Popular acabó tan pronto los socialistas, encabezados por Francisco Largo Caballero, anunciaron que iniciaban la lucha revolucionaria y que no permanecerían en el Gobierno con la burguesía republicana, que ya había demostrado una vez su impotencia para servir a la República social». Este autor atribuye a Santiago Carrillo responsabilidad en el desempeñamiento de la República «hasta llegar a una situación de anarquía y violencia». Comparemos este juicio con el de J. Arrarás, *Segunda República*, IV, pp. 111-112, para quien la destitución de Alcalá Zamora fue la señal de que la moderación había terminado definitivamente. Muy importante la precisa noticia de Claudio Sánchez-Albornoz, gran maestro de historiadores, en sus *Memorias*, p. 47: «esta situación hizo que lloviera sobre mojado y que el gobierno se decidiera a dar el falso paso de la destitución anticonstitucional de don Niceto. Lo he calificado de gravísimo error que, con la revolución de octubre, hizo imposible la perduración de la República». Sin embargo, Sánchez-Albornoz reconoce que funcionó la disciplina de partido ya que «contra mi convicción y contra mi voluntad» votó a favor de la destitución.

23 Trece circulares sucesivas redactó Mola. J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra*, p. 278.

24 «Franco no quiso o no pudo conservarla (se refiere a la correspondencia) y los papeles de Mola fueron más o menos oficialmente expurgados a su muerte. Es posible, también, que ambos destruyesen en los momentos tan difíciles de arranque del Alzamiento unos documentos por demás comprometedores». J. A. Vaca de Osma, *op. cit.*, p. 101.

25 R. de La Cierva, *Franco*, pp. 144-146, ha recogido cuidadosamente todos los datos y noticias que se han conservado, en especial los del ayudante de Mola, Fernández Cordón, y también los testimonios muy posteriores del propio Generalísimo, y considera probadas dos cosas: la correspondencia sostenida entre ambos y los contactos personales con enlaces que iban a Canarias. Franco daba sus propias instrucciones acerca de cómo llevar a cabo la operación.

26 La historia del tratado de comercio es la siguiente. El 6 de marzo de 1934, gobernando la coalición derechista, se firmó un acuerdo por tres meses prorrogable por períodos iguales indefinidamente. Fue denunciado por España y cesó el 8 de julio de 1935 por las limitaciones francesas a la entrada de naranjas. Fue renovado el 21 de diciembre del mismo año y entonces se incluyó a sugerencia de Franco la cláusula de compra de material de guerra. Surgieron dificultades porque Francia se quejaba de que a causa de los 350.000 españoles trabajando en su territorio tenía una carga de subsidios muy elevada, mientras que los franceses residentes en España, 10.500 eran casi todos religiosos. Azaña ordenó firmar rápidamente el acuerdo lo que se hizo el 17 de mayo de 1936: de este modo, al producirse el Alzamiento, tuvo pie para reclamar la venta de armas. Fernando Olay, *El oro de Negrín*, Madrid, 1990, pp. 11-13.

27 Stanley G. Payne, *El Ejército y la Segunda República*, loc. cit., p. 25, dice: «la gran conspiración militar de 1936 sólo comenzó a cobrar forma lentamente a finales de abril, al acumularse las pruebas de que el Gabinete de la clase media izquierdista no estaba dispuesto a reprimir a la extrema izquierda y además mostraba todos los síntomas de sucumbir a ella».

28 B. Crozier, *op. cit.*, l, pp. 257-258, obtuvo de Franco-Salgado una nota manuscrita en que éste afirmaba que en aquellos días su primo estaba convencido de que la Unión Soviética preparaba un alzamiento en España. Ésta era la noticia contenida en un informe de la Entente Internacional Anticomunista que Franco perdió al destruirse los papeles de su casa de Madrid a causa de la guerra: en 1962 ordenó a Víctor de la Serna que buscara una copia en Suiza (*Documentos*, pp. 13-24). El convencimiento era bastante general: los editoriales del *Mundo Obrero* y los discursos de Largo Caballero lo confirmaban. Al comienzo de la Guerra Civil española cada bando hizo circular escritos que intentaban probar que era el adversario el que incurría en responsabilidad por el desencadenamiento de la misma.

No tratamos de desentrañar aquí el problema de las exageraciones o falsedades, sino de mostrar cómo Franco y muchos con él estaban convencidos de ese proyecto.

[29] *Apuntes*, p. 33-35.

[30] Las versiones acerca del episodio electoral de Cuenca, varían. No estamos seguros de que los párrafos que hemos transcrito se ajusten a la realidad: Franco, en Canarias, no tenía contacto directo con personas y grupos. Hemos de confesar que podemos suponer cuáles fueron las razones de la retirada de la candidatura, pero sin hacer una afirmación incontrovertida. J. Arrarás, *Franco*, pp. 255-257, que habló con él, rehúye el tema: dice que desistió porque comprendía que la democracia estaba muerta, y era inútil proseguir el juego. Stanley G. Payne, *Falange*, dice textualmente que «José Antonio no permitió que su nombre apareciese en una candidatura en la que figuraban Franco y otros derechistas. De ningún modo deseaba que se le identificase con la camarilla de generales»; pero en esto hay cierta contradicción con lo que el propio autor afirma con anterioridad sobre que José Antonio quería un golpe de Estado y con la hoja clandestina que pasó desde la cárcel el 4 de mayo a sus camaradas haciendo un llamamiento a los militares (*Obras Completas*, Madrid, pp. 669-674). Toda la derecha quería la elección de Primo de Rivera para que pudiera salir de la cárcel y dirigir a sus jóvenes de camisa azul. F. Maíz, *op. cit.*, p. 82, es el primero que atribuye a Serrano Suñer la gestión que provocó la renuncia. Tanto Maximino García Venero, *El general Fanjul. Madrid en el Alzamiento nacional*, Madrid, 1967, pp. 227-228, como Antonio Gibello, *José Antonio. Apuntes para una biografía polémica*, Madrid, 1975, p. 332, coinciden en afirmar que fue José Antonio quien exigió la retirada de la candidatura de Franco.

[31] El viaje de Serrano Suñer a Canarias está documentalmente comprobado, aparte de las *Memorias* de su autor. Fue en un avión Douglas DC-2 que pilotaba Ansaldo. Llegó a Gando el 27 de abril a las 15,30 de la tarde. El aeropuerto de Tenerife estaba cerrado por la niebla de modo que Serrano Suñer tomó el barco Viera y Clavijo, que llamaban el «correillo», el cual salió a las 12 de la noche y llegó a Santa Cruz a las 10 de la mañana del día siguiente. A. González Betes, *op. cit.*, pp.65-66.

[32] R. de La Cierva, *Franco*, p. 143, que hace referencia a las *Memorias* de Serrano Suñer, acepta la noticia de que, en el avión, Serrano y el doctor Negrín –ambos eran diputados aunque de partidos opuestos– conversaron y que el segundo, refiriéndose a Calvo Sotelo pero pensando sin duda también en Franco, dijo al primero que «estos galleguitos son de cuidado». No estaría de más añadir que también Largo Caballero era gallego. Es difícil penetrar en la intención de un interlocutor.

Por estos días también, Franco concluía una de sus obra, el prólogo al tratado de *Geografía militar* del comandante José Díaz de Villegas. Es sorprendente en él la suma de conocimientos que el futuro Generalísimo había acumulado. La imagen que a veces se ha pretendido dar de un desconocimiento total de los problemas es absolutamente equivocada, en ocasiones, deliberadamente falsa. Tenemos que atenernos al hecho de que, durante casi veinte años –la tertulia de Oviedo fue muy importante– Franco procuraba leer mucho, informarse.

[33] J. Antonio Primo de Rivera, *Obras Completas*, p. 560.

[34] Stanley G. Payne, «La guerra de España», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 203-204.

[35] No es necesario repetir aquí los datos aportados por Á. Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, p. 239 y ss. No se trata de un autor favorable a Franco ni a sus tesis.

[36] Á. Viñas, *op. cit.*, p. 275, comprueba la noticia dada por F. Maíz, *op. cit.*, pp. 263-264.

[37] Este escrito coincide en sus líneas esenciales con los artículos publicados en *Arriba* por estas fechas, recogidos en *Obras Completas*, pp. 799-845.

[38] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, II, p. 993.

[39] La relación epistolar entre don Alfonso Carlos de Borbón, que había sucedido a don Jaime al frente de la Comunión, y Alfonso XIII, tampoco ofrece dudas, pues este último hablaba de los «principios fundamentales de la tradición» y repudiaba el parlamentarismo liberal. Ver Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Madrid, 1970, p. 317 y ss.

[40] Algunos tradicionalistas recibieron entrenamiento militar en Italia que luego transmitieron a España. John F. Coverdale, *La Intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, 1979, p. 50 y ss.

[41] J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra*, pp. 279-289; R. de La Cierva, *Franco*, p. 145.
[42] La más clara y documentada exposición resumida es la de Jaime del Burgo, «De la República y de la conspiración: el requeté de Navarra», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 129-145. La seguimos paso a paso.
[43] J. M. Íbero, *Los requetés navarros en 1936 (Ibidem)*, p. 175.
[44] *Apuntes*, pp. 35-37.
[45] La carta de Sanjurjo a Fal Conde, la conformidad de Mola del 14 de julio y el compromiso del 15 firmado por don Javier y Fal Conde, pub. por F. J. Lizarza, «Cómo se instrumentó el alzamiento de 1936 en Navarra», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 148-150.

Notas al Capítulo 14.

[1] Stanley G. Payne, *La guerra de España*, p. 205.
[2] En esta formación iba Carrero Blanco; había tenido correspondencia epistolar con Franco cuando estaba en París pensionado. R de La Cierva, *Cómo se conocieron Franco y Carrero*, p. 23.
[3] B. Crozier, *op. cit.*, I, pp. 260-261.
[4] *Apuntes*, p. 33.
[5] Las reticencias de Franco respecto a los planes de la conspiración han sido interpretadas como vacilaciones a la hora de entrar en ella. No es correcta esta interpretación. Ver A. González Betes, *op. cit.*, pp. 67-68.
El documento, publicado en el diario *Claridad* del 30 de mayo, muy afecto al Frente Popular, era refutado por éste como una falsificación. ¿Verdaderamente lo era? Franco, al coincidir en el tiempo con las noticias más arriba señaladas, creyó que era cierto y decidió desde entonces aumentar las precauciones de vigilancia en torno a su persona. L. Galínsoaga y F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 196, así lo hacen constar. La guardia personal en Capitanía tuvo que efectuar una noche algunos disparos contra personas desconocidas. En sus *Apuntes* Franco revela que creyó se trataba de un «intento de asalto a la Capitanía».
[6] C. Sánchez Albornoz, *Mi testamento...*, p. 50, da cuenta de una pesimista conversación entre Azaña y sus íntimos colaboradores en el palacio de la Quinta. En ella, al parecer, Giral, mientras su jefe comentaba «ya estamos listos para que nos fusilen» sostuvo la tesis de que para salvar a la República se necesitaba implantar una dictadura. Pero no hay, en este solitario e importante testimonio, otros datos. Por eso no podemos darle más valor que el de un comentario pesimista. Pero es cierto que los partidos situados en la izquierda del espectro político habían comenzado a organizar grupos para la lucha. El Presidente de la República y el del Gobierno reconocían carecer de medios para hacer frente a una situación más difícil cada día.
[7] Para J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.275, la conclusión es bien clara: «a lo largo de los hechos que relato va quedando claro a cuál de estos dos Franciscos (Largo Caballero y Franco) hay que imputar la Guerra Civil; pero también que Azaña, aunque en la primavera de 1936 representase efectivamente el deseo de conciliación, no sólo fue incapaz de conseguirla sino ni tan siquiera de plantear batalla». Abrigo, a título personal, la convicción de que si en aquel momento el Gobierno hubiera recurrido a Franco y a otros militares como él, para que restableciesen el orden, hubiera sido obedecido, pues en estos momentos lo que verdaderamente les importaba era una restauración de la paz interna. Las posibles ambiciones vinieron después.
[8] R. de La Cierva, *Franco*, p. 146.
[9] Para un análisis objetivo de las violencias cometidas desde febrero de 1936 puede verse Salvador de Madariaga, *España*, Barcelona, 1962. El 15 de abril, el secretario del Partido Comunista, José Díaz, uno de los asistentes a la reunión de la Komintern dijo dirigiéndose a Gil Robles que «si se cumple la justicia del pueblo, Su Señoría morirá con los zapatos puestos». Estas palabras fueron borradas del Diario de Sesiones, pero José Díaz en su libro, *Tres años de lucha por el Frente Popular, por la libertad, por la independencia de España*, París, p. 171, las corrobora. Su testimonio es irrebatible.